

Ecologismo

¿Posición política coherente o nueva religión?

Se que el simple hecho de plantear esta pregunta me hace correr el riesgo de ser acusado, cuando menos, de políticamente incorrecto, y muy probablemente de tener posiciones derechistas.

Pero estoy totalmente convencido que es necesario mantener una actitud escéptica incluso con aquellos planteamientos que, en principio, compartimos.

Tras este preámbulo, creo necesario explicar el porque de la pregunta-título del artículo. El movimiento ecologista nace como consecuencia de los desmanes del capitalismo industrial, por una parte, y del industrialismo burocrático propio del sistema estalinista y sus herederos.

En ambos casos, la búsqueda del desarrollo económico e industrial, como objetivo prioritario e incondicional, se lleva a cabo sin ningún tipo de pudor y sin el más mínimo ápice de responsabilidad por los daños directamente causados al entorno. Lo único que importa es el desarrollo de la capacidad productiva, y en el bando occidental, la generación de rentas de capital, cuanto más altas, mejor.

Serán las inevitables consecuencias de estas políticas las que generaran el sentimiento de necesidad de oponerse, frenar y llegar a paralizar estas prácticas, por otra parte suicidas, que llevan aparejada la destrucción del medio ambiente.

Hasta aquí, nada que oponer. Muy al contrario, existe una cierta lógica en la confluencia entre izquierda y ecologismo, lo que no quiere decir, en ningún caso, que ambos movimientos, políticos y sociales, se confundan, se solapen, sean uno solo.

La izquierda política se enfrenta, históricamente, al problema del reparto de la riqueza, y, en último extremo, a la propia concepción de la sociedad: sustituir la propiedad, pilar de la sociedad burguesa, por la persona, como objeto prioritario y fin último del modelo social, político y económico. Pero no forma parte de su bagaje histórico el como producir esa riqueza.

El movimiento ecologista nace como oposición a la destrucción del entorno natural provocado por la actividad económica, con independencia de que esta esté estructurada de forma capitalista o no. Lo que el movimiento ecologista busca es reducir, o anular, los daños causados a la naturaleza por la actividad económica. Si ello se consigue, el como se reparta la riqueza generada por el modelo económico no es de su incumbencia.

Es cierto que, desde una posición de izquierdas (socialismo en un sentido ideológico, no político), resulta poco lógico establecer un sistema social que fomente el reparto equitativo de la riqueza si, por otra parte, mantenemos un sistema productivo que destruya el entorno y, por consiguiente y a la larga, a nuestra sociedad.

De la misma forma, tampoco es consistente una defensa ecológica en un sistema económico basado en una permanente necesidad de crecimiento, puesto que, tarde o temprano, este permanente crecimiento conduce a la destrucción del entorno. Se puede decir que ecologismo y socialismo están condenados a entenderse, lo que no quiere decir que sea fácil.

Sin embargo, el ecologismo ha evolucionado por diversos caminos, algunos de los cuales les acercan más a la pura religión que a una ideología razonable y razonada.

¿Por qué hago esta afirmación? Grupos como el "**Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria**" son más parecidos al Hare Krishna que a un movimiento ecologista serio. Su planteamiento de "liberar" a la Tierra de la "plaga" humana, sinceramente, es ridículo.



Y sin embargo ello no quiere decir que no puedan existir criterios cercanos. Si los "voluntarios" del movimiento son firmes creyentes en la opción de no procrear (a su favor decir que en ningún momento plantean imposiciones ni actitudes violentas), los conocidos como "simpatizantes" replantean el tema desde el punto de vista de la reducción de numérica de la raza humana, sin llegar a su extinción.

Yo mismo soy defensor de la necesidad de una reducción de la población. ¿Quiere decir eso que formo parte de los llamados "simpatizantes"? En absoluto. Los procesos de análisis que me han llevado a tal conclusión, compartida por los ya citados, son totalmente diferentes e independientes.

Tanto "voluntarios" como "simpatizantes" parten de una visión que personaliza la naturaleza, y de una concepción que guarda similitudes con los conceptos del Derecho Natural del Antiguo Régimen. Ellos hablan de los "**Derechos de la Tierra (Gaia)**" y de la su vulneración por parte de la humanidad. Esa concepción, para mi es insostenible. El derecho, como hecho preexistente, no existe. El derecho es una construcción humana, y carece de sentido pretender aplicarlo más allá del propio ser humano. La propia concepción de Gaia, como ser vivo autoregulado, es más parecida a una fantasía onírica que a un criterio científico.

Muy diferente es entender la necesidad de reducir nuestra población como único medio de garantizar, precisamente, nuestra supervivencia. Y en el mismo sentido se expresa la lucha por evitar la destrucción del entorno, ya que en una naturaleza aniquilada no hay lugar para el futuro de la humanidad.

Ahondando en lo anterior, un caso particular de los planteamientos ecologistas es la defensa de los derechos de los animales. En realidad tales derechos no tienen existencia previa, ya que, llegado el caso, es la propia sociedad humana quien los otorga. Cosa diferente es la discusión sobre si esta sociedad debe progresar hacia un modelo que aborrezca la crueldad y sea respetuoso con el resto de las especies, aunque no exista ningún hecho natural determinante que así lo exija.



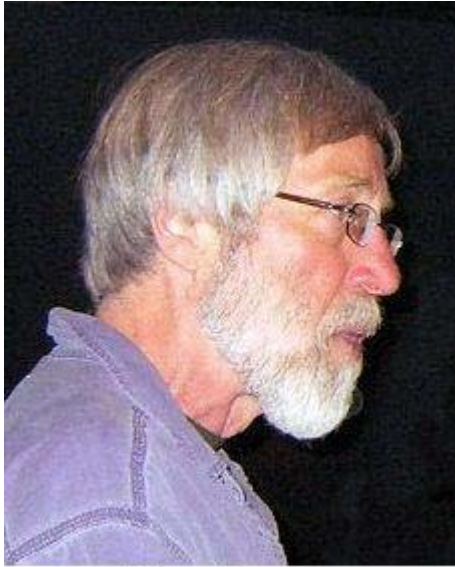
Kaarlo Pentti Linkola

Y sin embargo esos no son los ejemplos más extremos que podemos encontrar. El finlandés **Kaarlo Pentti Linkola** lleva esas mismas consideraciones a extremos inimaginables. Considerando que la humanidad es la responsable de la destrucción de la naturaleza, aboga por una drástica reducción de la población y una desindustrialización, basando su modelo social en una dictadura totalitaria, gobernada por una élite, y donde la mayor parte de la población tenga el nivel de vida de la Edad Media. Admirador de la Alemania nazi, para llegar a sus objetivos no descarta ni la eugenesia ni el asesinato, sugiriendo que las grandes ciudades deberían ser bombardeadas con armas nucleares. Antiguo pacifista, considera las guerras como positivas como medio de reducir la población.

Otro polémico ecologista fue **Garrett James Hardin**, que, junto con su mujer, optó en 2003 por el suicidio. Sus planteamientos unen ecologismo con concepciones de la derecha liberal más rancia, y con claros matices racistas. No en vano es uno de los firmantes del manifiesto a favor del libro "**La curva de Bell**", cuyo contenido racista afirma que la inteligencia está vinculada a la raza y, en consecuencia, los negros tienen una capacidad intelectual menor. En su opinión, no es positivo prestar ayuda a las poblaciones sometidas a hambrunas, ya que al hacerlo permitimos su reproducción y, por tanto, la repetición futura de hambrunas. Así que según este "*caritativo*" y "*responsable*" caballero, lo mejor es dejarlos morir de hambre. Que el reparto de la riqueza sea desigual e injusto, está claro que no le preocupaba en absoluto.



Garret Hardin



John Zerzan

Otros, como **John Zerzan**, manifiestan, desde posturas "primitivistas" que nuestros males empezaron con la agricultura, por lo que abogan por volver a sociedades cazadoras-recolectoras sin tecnología ni domesticación.

Es indudable que nos encontramos ante graves problemas y que sus soluciones reales pasan por dos columnas fundamentales: una progresiva reducción de la población y una racionalización del sistema productivo y del consumo. Pero para que ambos procesos tengan éxito será necesaria la concienciación global y el convencimiento de que estamos dando un

paso hacia delante en la consolidación de una sociedad mejor. Pretender que se abandonen las mejoras obtenidas por el progreso y se vuelva a formas de vida medievales o primitivas, o simplemente se acepte la propia desaparición como especie, es tener un total desconocimiento del alma humana y de los condicionantes que, como cualquier otro ser vivo, tiene en sus instintos naturales.

Si hemos de encontrar una solución realmente aplicable, esta deberá ser plenamente asumible por el conjunto de la sociedad. En caso contrario deberemos esperar que nuestras propias contradicciones nos lleven a la catástrofe y, quienes sobrevivan, puedan tener una nueva oportunidad de hacerlo mejor.